

dad de llenar al mismo tiempo un hueco en la luz, ausencia total de conocimiento, de reflexión, de relaciones ideales. A Marco Fortis se le antoja esta amistad la fuente de una nueva vida.

Está á punto de bendecirla como un don de la naturaleza; como la salud.

Porque nada ve en ella de que pueda recelar, como de su amistad con Mónica Poldo.

Orgullos, ambiciones, intereses, artificios, intelectualidad... ¡qué lejos está todo eso de la que ya, para calmar los gritos de unos perros, le ha llamado amigo!

Y camino andando, hacia «Las Termas», Marco Fortis, aprieta involuntariamente el paso en el ansia de llevar el compás de su marcha, pronunciando esta palabra de virtud desconocida:

—Amigo... amigo... amigo... ¡su amigo!



## CAPÍTULO SÉPTIMO

### I

**L**A cocina de la Casa Blanca, tiene para el orden y la comodidad mayor de su servicio, puerta al campo.

Esta puerta, un poco alta, se calza con dos limpios peldaños de pizarra. Hay, á un lado, un escaño alto, hecho también de pizarra y mano de obra. Y en la punta de este escaño largo, un grifo enorme de cobre, figurando una cabeza de delfín, se abre sobre un pilón ancho, de piedra.

En casi todas las casas del pueblo podréis ver el mismo escaño éste, junto á la puerta, con agua ó sin agua, que sirve para rajar, limpiar, cortar y esca Mondar el pescado, recién salido del agua.

El escaño de la Casa Blanca, tuvo fama en otros tiempos yendo á morir sobre él los mejores dentones, los salmonetes más recios, las langostas más negras, y los lenguados más finos que se pescaban en el golfo.

En el último peldaño de la puertecita, sentado cómodamente y fumando en pipa trozos de cigarro que él llama *charutos*, se pasa las mañanas el viejo Chopo, mientras su mujer, Mari-Pepa — una levantina enjuta y dorada, de cabellos grises, con cara de sibila nobilísima — ajetrea y manipula por lo interior de la cocina.

El viejo Chopo, cuando no se ofrecen más duros menesteres para el orden y mantenimiento de la casa, astilla leña, remienda viejas sillas ó tuesta café en un menudo hornillo ahumado que él conoce y que hace girar beatamente, sonriendo, en las mañanas claras, radiantes los ojos y el espíritu, al penetrante cosquilleo de aquel aroma fuerte, en una resurrección de viejos recuerdos juveniles, cuando sus largas correrías y sus largas aventuras por tierra colonial.

## II

Generalmente el paisaje, por la parte de la cocina, no tiene más vida que la que le presta la nervuda y sóbria ma-

jestad, ya un poco senil, del viejo Chopo.

Pero, en los grandes días, para las grandes circunstancias, la puertecita enana de la cocina se engalana de una inusitada animación, como un farol que se encandila.

Señorita Agueda Pía, con un cumplido delantal azul de tela recia, que le cubre las faldas, el pecho y la espalda, dejando al descubierto, hasta un poco más allá del codo, sus brazos de nieve, sale á la cocina.

El viejo Chopo deja su ordinario asiento, redoblando de oficiosidad paternal y bonachona, para agasajarla, cumplimentarla y ayudarla en todo lo que hace.

Mari-Pepa desde la cocina se da á gritar gritos furiosos riñendo á su marido, que no le parecería que sirve con puntualidad á ñita Agueda Pía, aunque tuviera treinta manos.

Agueda Pía suele reir toda la mañana á grandes risas de las disputas de los dos esposos. Cabalmente, la línea de colinas enanas que forman la costa, tiene un eco triple en aquel sitio y las carcajadas de Agueda Pía, ruedan por aquellas serenidades inalterablemente, persiguiéndose las unas á las otras, como bandadas de canarios en el aire.

## III

El viejo Chopo es un hablador incorregible.

No deja de poner comentarios á las manifestaciones de su joven dueña, mientras va ayudándola y, acaso por eso, á Mari-Pepa, desde la cocina se le tuestan las sangres y grita, creyendo que su marido, mientras habla, descuida la faena.

Mari-Pepa, muy habladora también, no puede hablar y trabajar al mismo tiempo. En tal extremo que las pocas veces que en su vida probó á rezar el rosario tuvo que desistir de ello porque los dedos se le atascaban en la primera decena. Ahora busca á Mamá Dolores, que sabe pasar cuentas, mientras las dos rezan.

Por esta razón, cuarenta años de matrimonio y vida en común no han bastado á convencerla de que el gran camándula de su marido, con lo cerrado que es de entendederas, porque eso ella lo sabe, se las componga tan perfectamente para hablar y trabajar al tiempo que habla.

—¿De modo que hoy tenemos mesa grande, ñita Agueda Pía?

—¡El cuchillo para el pescado á la señorita y calla, hombre de Dios!—grita Mari-Pepa—desde la cocina...

—¡Si lo tiene ya, mujer; acabo de dárselo!

—¡No es posible; hablabas; te estoy oyendo!

—Sí, Mari-Pepa, sí; ya tengo el cuchillo; no te apures.

—¡Aunque me lo juraran!

Y Mari-Pepa sale al marco de la puerta á convencerse de que, ñita Agueda Pía, como ella es tan buena, no le esconde las faltas del marido.

La señorita, muy metida en faena, después de abrirle bien el vientre, rociándolo en el caño de agua hasta que brota limpia como sobre marmol blanco, está escamando un soberano denton, de casco, papada y cogote morados, azules, verdes...

El viejo Chopo hace una mueca á su mujer.

Y la enjuta Mari-Pepa, con su dignidad de Sibila, casi contrariada, vuelve á entrar en su oficina.

## IV

Media la mañana. Deben ser las diez.

Llega Talo con una cesta de langostas: las vacía sobre las losas de pizarra de la cocina: hay que escoger las dos mejores.

Entra, siguiéndole, Agueda Pía y tras esta, haciendo observaciones, el viejo Chopo.

—Son preferibles tres pequeñas de roca que dos grandes de *baho*... No se precipite; créame.

Se llama á Mamá Dolores. Hay que buscarla. Anda toda laboriosa por la casa, revolviendo armarios, sacando vajillas, viejos cubiertos de plata, vasos, cristal...

Tiene Mamá Dolores en los ojos un remozamiento picante de antiguos días dichosos de ajeteo y de festín.

En la rígida silueta, un poco ascética de la anciana solitaria, reviven luminosas las maneras de la sociabilidad que parecían somuertas...

Cantan y trincan en su cinturón las llaves, plateadas por el roce y por el uso, hadas menudas cuyos dientecitos agudos van diciendo el poema de la domesticidad.

Cuando Mamá Dolores llega á la cocina, además del Talo, aguardan dos muchachos uno con un cesto de moscateles ambarinos y gordos, otro con unas docenas de melocotones rojos, en un saco...

Agueda Pía, Mari-Pepa, el viejo Chopo, el Talo y los dos muchachos están en pie, formando círculo: en el centro de la cocina, sobre el suelo, aguardando la definitiva entrada en posesión de la Señora, y revolcándose en el gran cuadro de sol que entra por la

puerta, las langostas y las frutas, todo el mar y toda la montaña; magnífico botín.

Agueda Pía tiene ya escogidas las langostas, dos muy grandes, de antenas poderosas y decorativas.

Testarudo, el viejo Chopo insiste en su preferencia por la menuda langosta negra, de roca.

—Es más fina, ñita Pía, créame.

—¡La señora dirá!... gruñe Mari-Pepa, asaeteando con sus ojos de carbunco, como los de algunas testas romanas, al incorregible charlatán...

—Sí, Mamá; ¡decide!

—¿Tú que dices, Nena?

—Ella... aventura Chopo...

—¡Calla...!—grita la Sibila.

En aquel punto, aparece un nuevo personaje en el dintel de la puerta, llenándola casi, y tapando el vivo sol que enardecía el cuadro.

Y Agueda Pía, acudiendo al recién venido y obligándole á entrar en la cocina, sin darle tiempo á saludar á nadie porque le trae cogido del brazo y le planta bruscamente delante de las langostas, concluye:

—No; que él mismo decida: á ver, Marco, ¿qué langostas de estas nos comemos hoy...?

Y en seguida, temerosa de que, por una casualidad, la elección de Marco

Fortis no coincida con la suya, hace observar:

—Yo escogí estas dos.

No solo escoge las mismas Marco Fortis, sino que tomándolas por las antenas, una en cada mano, y levantándolas en el aire mientras las bestezuelas tabletean, y se crisan y retuercen como dos llamas gemelas, hace su elogio...

## V

Se pasa á los moscateles.

Mamá Dolores en un rincón, después de sonreír á Marco, ajusta sus langostas con el Talo...

Este muchachito que trajo los moscateles es todavía un niño: le ríen los ojos, le ríen los labios, le ríe la carita bruna, mientras habla para contestar á Agueda Pía.

Es pequeño y bien proporcionado: se afirman en su blanda contextura infantil, fuertes, pero graciosas todavía, las líneas del hombre.

A Marco Fortis, le hace pensar, no sabe porque, en el David del Donatello.

Agueda Pía dice:

—Vamos á ver, Raminchu, ¿cuántos moscateles traes aquí?

—Ya verán Vdes., señorita: madre no los ha pesado.

—Chopo... vé; trae la romana; dí qué pesa todo.

—¡Valiente haragana, tu madre! —runrunea el Chopo.—¡Tras de que le compran, dar trabajo! ¿Tenía más que pensarlos ella...? ¡Será por falta de tiempo...! ¡Como la aguardan en el lavadero de la Huerta...! ¡Chismorreos...! ¡Los chismes y los falsos testimonios le pesaría yo, baldragas...!

—¿Pero no traes la romana, Chopo? ¿no dejas de hablar?

—¡Quince libras!

El viejo Chopo que, como de costumbre, ha ido haciendo y diciendo, lanza con una soberbia triunfal, estas palabras á la cara de su mujer, que se muerde los labios.

Mientras tanto Agueda Pía, Raminchu y Marco Fortis van hablando.

—Son—dice Raminchu respondiendo á una pregunta de Agueda Pía—de la viña del tío Poda, sobre Tabellera, dos cerros más allá del Manso de la Sala.

—No recuerdo...

—Sí; donde estuvo la señorita, siendo niña, con el carro; que mi padre la llevó un octubre para las vendimias.

—¡Ahora caigo! Mira Chopo, son de la viña del tío Poda: deben ser de aquella hilera de cepas moscatel, donde el Yap botó una liebre hace seis años!

—La misma: el tío Poda lo contaba ayer...

—¡Pobre tío Poda! ¡Mira cómo lo recuerda...! Pero me dijeron que estuvo enfermo este verano el tío Poda.

—No él; su hijo. Murió, de resultas.

—¡Pobre Moisés! ¿se llamaba Moisés, verdad...? ¡Tanto como jugamos con él en la viña, el día que me llevó tu padre!

Y vuelta á Marco Fortis, que escuchaba encantado:

—Era mi novio, cuando niños, este Moisés: no crea V. La tarde que decimos... ¡Ah! ¿recuerdas, Chopo, la bandada de cisnes que pasó á la puesta por la viña...?

—¿No he de recordarla? Maté dos de un tiro.

—Es verdad: y yo te reñí mucho.

—Lloró y todo, la señorita. —No me lo diga, porque volveré á puñadas contra mí.

—¡Mal alma!—gruñó la Sibila, ensañándose esta vez, gozosa de tener razón.

—Una cosa soberbia, Marco Fortis —siguió diciendo Agueda—aquella espesa bandada de cisnes, en triángulo, como una punta de flecha descomunal, atravesando el aire. Cubrieron el sol como una nube: pasaron graznando todos y nos parecieron una tempestad.

Y en seguida, á Raminchu:

—Pero me ha dado mucha pena, niño,

lo que me dices de Moisés... Desde que cayó soldado le perdí de vista: no había vuelto á saber de él.—Aquella tarde nos hartamos de correr por la montaña... El hacía, de cuando en cuando, que se fatigaba y se dejaba coger.—¡Yo estaba más contenta!

—¿Qué te debo, Raminchu?

—No;—dijo Marco Fortis, tapando la boca al muchachuelo —no le digas nada.

Y muy serio, para corresponder al gesto de extrañeza que tenían en sus rostros madre é hija, añadió:

—Sería una blasfemia. Todo el oro del mundo no paga esas uvas; créanme.

El viejo Chopo abría tanta boca que daba vértigo mirarle.

Marco Fortis sacó al muchacho de la cocina, salió con él, le puso en la mano un puñado de monedas de plata y de oro, que para aquella gente representaba una fortuna, y le dijo:

—Escapa... Y al tío Poda, si os queda algo de esas monedas, dadle algunas, para que esta tarde, ó mañana, en cuanto pueda, lleve algunas flores á la tumba de ese pobre Moisés.

Raminchu salió corriendo, alto, en el aire, el puño cerrado con las monedas relucientes... Daba gritos, cantaba: se volvía loco.

—Pero ¿qué ha hecho V.?—preguntó

Agueda Pía, riendo, con lágrimas en los ojos, del rasgo de Marco Fortis.

—¡Una tontería más; perdóneme!— Pero es más fuerte que yo. Me están pasando en esta tierra cosas tan extrañas que pierdo por completo el sentido de la realidad.

—¡Pobre Marco! cantó, más que dijo Agueda Pía.—¿De dónde viene V. que le parecen extraordinarias las cosas naturales?

## VI

En la cocina, Mamá Dolores, ajustaba los melocotones.

Salió Mari-Pepa á recoger del escaño el enorme denton, partido á rajadas. En un barreño de barro amarillo y verde lo había dejado Agueda Pía, espolvoreándolo con sal, que daba en la luz, reflorencias irisadas.

Pasó en seguida el viejo Chopo, con unas botellas de cristal en ambas manos, á llenarlas de vino para el almuerzo en la bodega, que estaba un poco más abajo, pegada á la cabaña de las cuadras.

Hacía más de un mes que Agueda Pía y Marco Fortis se encontraron en «Las Termas».

Finalizaba agosto.

Nuestros lectores extrañarán la fran-

ca cordialidad con que, á pesar de los celos del principio, mira Agueda Pía á Marco Fortis y la especie de llana familiaridad que le conceden los demás moradores de la Casa Blanca...

La explicación de este estado de cosas llenaría muchas páginas inútiles.

La atenta observación de los hechos que vamos relatando puntualmente, dará á los lectores la clave de la situación, sin necesidad de explicaciones embarazosas y monótonas.

Agueda Pía ha escondido, bajo el reo delantal, sus brazos blancos y desnudos, al quedarse á solas, en la descarada luz, con Marco Fortis.

## VII

—Vea V.—le dice el constructor—en esas uvas, cuando V. las muerda, dentro de unas horas, tendrá V. la imagen del rincón que las crió; los recuerdos de una tarde de infancia, el pasmo de la flecha descomunal de los cisnes en bandada, la bondadosa ancianidad del tío Poda; los cascabeles alegres del caballo tirando del carro que la llevó á la viña; el aire que pasaba caliente, por la senda, perfumado de mosto y de zarzales; la sed de hazañas del viejo Chopo; la curva crispadura de sus perros botando la liebre y el pánico del pobre

animalillo en la gran luz, sus correrías entre matorrales por el monte, el sabor de las uvas, madres de estas, que comió aquel día y hasta un poco del amor aquel sumiso y esclavo que le tuvo, para bendición de su infancia, el pobre Moisés... ¿Tiene precio todo esto...? Agueda Pía, si, durante largos años de su vida, sus cinco sentidos no le hubieran dado más que hartura y nunca espíritu, comprendería mi gesto de hace un rato. No he podido evitarlo... ¡Le deberé tanto á Raminchu y á sus uvas!

Agueda Pía, mueve un poco burlonamente la cabeza:

—¡Loco!

—Ahora, no, mi amiga, ahora no: créame V. Me voy volviendo cuerdo.

—No lo creería Raminchu...

—¿Y V...?

Agueda Pía le mira un momento, sonriendo, dulce:

—Temo que tampoco... Pero ¿qué importa? ¿Por qué ha de cambiar V...? Después no le conocerían en su casa.

—No tengo casa.

—En su familia...

—No tengo familia.

Y, ladeando coquetamente la cabeza, toda ella sonriente, intencionada, maliciosa, porque es el gran momento, concluye:

—Pues no le conocería,—prepárese usted porque voy á decir la palabra que le gusta á V.—no le conocería su novia.

—¿Mi novia?—No la he tenido, no creo que la tenga nunca.

¿Es cierto que Agueda Pía le ha dirigido una mirada de indignación?

En todo caso, no sin cierta bravura, como si le retara, le pregunta:

—¿Nunca...? ¿por qué?

Y con una profunda sinceridad, unida á un profundo desaliento, Marco Fortis le responde:

—Porque no sé amar.

Se ha sentado sobre una roca; ha bajado la cabeza y, con mano distraída, arranca unas yerbas.

Después de mirarle un rato compasiva, Agueda Pía, jugando con fuego, se le acerca.

Se inclina un poco para decirle, casi al oído.

—¿Lo ha intentado V. alguna vez...?

A Marco Fortis le parece inmoral con aquella amiga tan inocente, tan franca, tan alegre, tan fuerte, una mentira...

Recordando la trágica historia, abortada, de sus amores con Mónica Poldo, responde:

—¡Sí!

—¿Con toda el alma?

—Con toda mi voluntad, por lo menos.  
A Agueda Pía le empieza á doler el corazón: con tal celeridad palpita.

## VIII

Y viendo una sombra de melancolía sobre la frente, ordinariamente serena de su amigo, le pregunta:

—¿Sufre V.?

—Un poco...

—¿Tengo yo la culpa? ¿Hablé demasiado?—¡Es verdad...! Teníamos pactado no pasar de ciertos límites en nuestros diálogos y creo... ¡loca de mí...! que acabo de pasarme...

—¿Ve V., ve V., Agueda Pía, como hice bien de explicarle á tiempo la leyenda de Lohengrín...? Ya olvida usted que tengo secretos sobre los cuales no debe preguntarme.

Agueda Pía, compungida, dice:

—Es cierto.

—¿Pero lo toma V. en serio, Agueda?

—¿Por qué no?

—Porque aquellos pactos no servían de nada, amiga mía, ni mis secretos tienen el más mínimo interés.

—¿Qué nuestros pactos no sirven de nada?—pregunta la mujercita un poco ofendida.

—De nada—responde el Constructor importurbable—¿los recuerda V.?

—Veamos; quiero repetir sus mismas palabras.

—Con mejor acento...

—¡Serios...!

—Ahora me cogen unas ganas de reír incorregibles.

—¡Me enfado!

—De ninguna manera: yo me moriría.

—Pues viva V., pero oiga el pacto.

—No.

—¡Silencio, silencio!

Y Agueda Pía, contrahaciendo la cara, el gesto y hasta la voz del Constructor, con una gravedad caricatural que la hace encantadora, dice:

—«En adelante, querida amiga, prométame V. no hablarme jamás de las cosas del espíritu. El espíritu es mi enfermedad. Y como á todos los enfermos, en oyendo mentarlos, se me avivan los dolores. Hábleme V. de las cosas que se ven, que se palpan, que se oyen, que se muerden, que se huelen. Eduque usted mis sentidos y *deje mi alma en paz...*»

En la cómica gravedad con que Agueda Pía dijo estas palabras había, sin embargo, un dejo casi imperceptible de amargura.

Marco Fortis tomó la mano de ella que, en un gesto teatral, había quedado tendida en el aire y obligando á la mu-

chachita á sentarse á su lado, le habló así:

—Joven maestra mía, renovemos pactos. Decididamente los viejos no sirven. Ya ve V.; la pequeña aventura con Raminchu acaba de convencerme de que pocas cosas se relacionan tanto con el espíritu, como los sentidos. Es posible, pues, que lo que yo he tomado por espíritu, hasta ahora, no fuera más que una violenta desviación de la materia. Una cerebración deforme y nada más. No, no; en labios de V. no me arredran las cosas espirituales: decididamente, habrá que renovar el pacto.

—De sabios es cambiar de parecer, señor discípulo. Diga V., ahora, á qué nos atendremos. Porque hay una cosa positiva... ¡más positiva que todas sus palabrerías, señor Arquitecto...! Hace unos momentos, mientras yo le hablaba, ha pasado por su frente la sombra de un dolor. Hay que ver por que rendija se ha colado el muy ladino y cerrarle bien la puerta en adelante.

—Tiene V. razón, amiga, y yo se lo agradezco.

—No hay de qué, señor; pero todavía no me ha dicho nada.

—Sí... ¿no lo adivina V...? ¿de qué hablábamos entonces?

—¡De su *novia!*—dijo Agueda Pía—gozándose en perturbar, con aquella pa-

labra, que á Marco Fortis le producía deliquios de ternura y de dolor, el alma de su amigo.

El Constructor bajó sus párpados.

Calló un rato.

—¿Se ha enfadado V. de veras...?

Agueda Pía se había inclinado un poco: aquella inocente tentadora, con la audacia, que da solo la pureza, se había inclinado un poco, poniendo su cara risueña debajo de la cara de Marco Fortis, para verle.

Este tuvo un movimiento de pánico.

Se hizo instintivamente atrás. Afianzóse, con ambas manos, en la roca que le servía de asiento y dijo muy despacio, con una súplica sincera, en el temblor de las palabras.

—Agueda Pía, por piedad.—Hablemos del espíritu y de los sentidos: de lo que vemos y de lo que pensamos: pero del amor, jamás. Del amor nunca; ó, por lo menos, todavía no.

Lentamente, como quien se asoma á las negruras de una cueva ignota, y el aire frío con hosquedades de muerte ó ausencia de vida que sale de allí, le obliga á retirarse, Agueda Pía había ido apartando su rostro, del pálido rostro de su amigo, y estaba, ahora, sentada á su lado, muda, inexpresiva, los brazos caídos, la mirada perdida, en actitud hierática.

## IX

Miróla furtivamente Marco Fortis.

No encontró las palabras adecuadas al momento.

Pasó un rato. Volvió á cruzar por la explanada, la figura reposadamente monótona del viejo Chopo, regresando de las bodegas, con ascuas de oro en las botellas.

Volvió á quedar el paisaje vacío y silencioso.

Se acercaba el mediodía. Había en el fervor de la luz, en todo el alarido vital y soterrado de los gérmenes ocultos que estallaban, crepitaban, reptaban, se henchían, palpitaban, alentaban, gemían ó reventaban en la combustión serena del calor del sol, un himno tan dulce, una manifestación tan entusiasta y al mismo tiempo tan discreta de la universal vitalidad que, Agueda Pía, sintió su corazón oprimido de unas ansias indomables...

Nacieron unos sollozos, que la voluntad mantuvo ocultos en el temblor suavísimo del pecho.

Pero sus grandes ojos inexpresivos y fijos, en aquel momento, bañáronse de lágrimas.

Marco Fortis, que la estaba contemplando, perdió el sentido de las cosas.

Tuvo tan absoluto dolor de aquellas

lágrimas que se le paralizó la voluntad...

—¡Oh, no, no... *Pía, madonnina Pía...*!

Su idioma nativo acudía, naturalmente, á sus labios en la suprema emoción.

Agueda Pía, haciendo un esfuerzo, quiso sonreír.

Rodaron las dos lágrimas...

## X

A tiempo apuntaba, por la senda, la figura recia de Mosén Pedro, el cura párroco que, como Marco Fortis, se sentaba aquel día á la mesa hospitalaria de la Casa Blanca.

Gozosa de aquella liberación Agueda Pía, levantóse para recibirle.

Marco Fortis, distraído, echó á andar...

Sobrevinieron, agitando festivamente sus colas, los dos perros.

Ya le eran familiares: les acarició.

Marco Fortis estaba descontento de sí mismo. Cansado, arrepentido, contrariado.

Sintió que cerca de él, á su espalda, pasaban entonces Agueda Pía y Mosén Pedro. Irían á saludar á Mamá Dolores. No quiso volverse. Fingió estar abstraído en la contemplación del mar, porque la soledad le complacía.

Agueda Pía llamó á los perros.

Ni por ella quiso volver la cabeza Marco Fortis.

—¡Qué necedad!—Hizo mal en prometer que iba á poner la última piedra en la obra de «Las Termas»... No le habría demostrado aquel agradecimiento Agueda Pía; no le habría acogido con tanta cordialidad Mamá Dolores; no se celebraría, ahora, este banquete festivo, sobre el asco y las ruínas de su corazón. ¿Por qué permanecer tanto tiempo en estos sitios?—¡Necio!

¿Y había podido creer que se curaba...? Conocía mejor las cosas de la vida, el poder espiritual de los sentidos, el candor de las almas, la lengua de la vida... ¿Y qué...? Conocía también dolores nuevos... ¡Aquellas lágrimas de su amiga...! ¿Por qué lloró? ¿por qué lloró...?

Y Marco Fortis notó que se hacía gozosamente, muchas veces, la misma pregunta.

¿Qué había, en el fondo de aquella pregunta?

¿Por qué desaparecieron todas sus preocupaciones anteriores y sólo quedó ella radiante, en su alma, como un faro después de una tremenda tempestad?

—¿Por qué lloró...? ¿por qué lloró...? ¿por qué lloró?

No se cansaba.

Y cada vez que se hacía esta pregunta, del fondo de las nieblas de sus desilusiones, brotaban estas palabras dulcísimas, balbuceantes, apenas precisas, como una mano lejana que saluda, desde la orilla, en un naufragio.

—¡Tal vez por mí...!

## XI

Quando, después de un rato largo, el viejo Chopo vino á avisarle al Constructor que en la mesa le aguardaban, Marco Fortis, viendo que el antiguo contrabandista volvía la cabeza de una parte á otra, como si buscara á alguien insistentemente, le preguntó:

—¿A quién busca V., buen hombre?

—A la señorita Agueda Pía—¿no estaba con V.?

—No; entró antes... con el señor cura...

El viejo Chopo calló.

Pero cuando el Arquitecto penetró en el comedor, limpio y clarísimo, Mamá Dolores, que estaba sola allí con Mosén Pedro, le preguntó también:

—¿Y Agueda Pía...?

—No sé: creí que estaba con Vdes.

La buscaron: respondió desde su cuarto. Vino, al poco rato. Tenía los párpados un poco encendidos: esquivó la mirada llena de cariño de Marco Fortis.

—¿Qué hacías, Nena?

La mujercita tardó un poco en contestar.

—Me compuse... Con el aire, como estuve un rato afuera, me había despeinado...

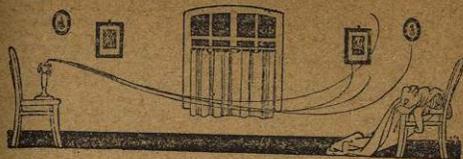
Se sentaron á la mesa: de un lado, Mamá Dolores; Marco Fortis á su derecha: del otro lado, Mosén Pedro y á su derecha, Agueda Pía...

Quisieron entrar los perros, y la mujercita, con mal humor, les despidió...

Marco Fortis seguía pensativo.

Un poco lánguida, aquella comida de la Casa Blanca, á pesar de los sabios y gentiles esfuerzos de Mamá Dolores, que tenía el hábito y el don de la sociabilidad.

Recordando que Marco Fortis era italiano, Mosén Pedro, que era aficionado á la lectura de extraordinarios novelones, con un tacto conmovedor, habló de *Fra-Diávolo*.



## CAPÍTULO OCTAVO

### I

**P**UES yo he de hablar á la señora.

—¡Pues tu no hablarás!

—No es ningún mal; pero como ella creerá eternamente que nita Agueda Pía es una niña...

—¡Y lo es!

—¡Bueno! lo dices por contradecirme. No me importa. *Yo he visto*: yo no me equivoco: yo hablaré.

—¡Ah, tu hablarás! ¿Te digo que vas á darle un disgusto á la señora, y hablarás...? ¿Este es el cariño y la ley que tienes á los que te dan el pan...? ¿Y he podido vivir cuarenta años con este monstruo...?

—¡Come, mujer, come! musita el viejo